

Cuanto más se ahonda en estos dogmas pavorosos, tanto más resplandece la soberana conveniencia, y la perfectísima conexión y la maravillosa concordancia de los Misterios cristianos. La ciencia de los Misterios, si bien se mira, no viene á ser otra cosa sino la ciencia de todas las soluciones.

bueno y perfecto: *Vidit Deus cuncta quae fecerat et erant valde bona.*, (Ami de la Religion, número del 8 de Enero de 1853.)

En verdad, cuesta trabajo reprimir un movimiento de impaciencia cuando se ve tergiversado así el pensamiento del Sr. Donoso. ¿Dónde y cuándo ha negado éste que las obras de Dios sean buenas? ¿Con qué derecho le atribuye el Sr. Gaduel blasfemia semejante? ¿Es por decir veinte veces en su libro que cuanto Dios ha hecho es bueno, y que ha hecho todo lo que es bueno? ¿Que es el Supremo Hacedor de todo bien y todo lo que hace es bueno; que en el orden establecido por Dios en el principio consiste toda belleza; que el mal por excelencia consiste en romper aquella admirable trabazón, etc., etc.? ¿No podía haber conocido el Sr. Gaduel, por estos y otros tantos pasajes, cuán falsa é injusta es su interpretación? El Sr. Donoso acá: a de decir en esta misma página que considera toda la Creación, desde el principio hasta el fin de los tiempos, como un solo todo, cada una de cuyas partes es como un reflejo de alguna perfección divina, y que todas ellas en conjunto forman una como imagen de la soberana belleza. Estando sometida la Creación á la ley del tiempo, el plan divino no se patentiza, por decirlo así, sino sucesivamente; de donde resulta que cada día que pase, hasta el fin de los siglos, será una nueva manifestación de la bondad y de la sabiduría divina. Para Dios no hay tiempo, y por eso desde toda eternidad se le representa su obra completa, entera y perfecta; pero al hombre, que no ve sino en el tiempo, la Creación no se le representa sino por partes, y por eso, acomodando su lenguaje á esta condición de nuestra naturaleza, según se van realizando en el tiempo y con el orden preestablecido los designios del Todopoderoso, se dice que la obra del Señor va siendo más perfecta. Y esto cabalmente es lo que expresa Donoso al decir que la prevaricación del ángel y la del hombre fueron ocasión de manifestarse la justicia y misericordia divina. ¿No es esto verdad? ¿No es cierto que la Creación se nos muestra más perfecta en la elevación de los ángeles buenos en la gloria, en la condenación de los malos á eternos suplicios, y en la promesa del Redentor á nuestros primeros padres? ¿No ha sido ampliado, si cabe así decirlo, por estas dos grandes caídas el orden moral, sujetándose todo á las dos leyes que constituyen el orden supremo, es decir, la de la misericordia, que asegura el cielo, y la de la justicia, que encadena en el infierno? ¿No constituyen estas leyes, no solamente el orden, tal como rige á la presente vida, en que podemos escoger entre una ú otra de aquellas postrimerías, sino también el que ha de regir eternamente? Las cosas, pues, han entrado en orden después de estas dos prevaricaciones; y por no decir ni más ni menos que esto Donoso, el Sr. Gaduel le compara con Calvino, acusándole de negar aquella sentencia. *Vidit Deus cuncta quae fecerat, et erant valde bona*; como si fuese negar la perfección de cualquier obra el consignar alguna perfección mayor que su autor ponga en ella, ó como si Dios, al ver la Creación, no la viese toda entera y en su último definitivo estado, lo mismo que en su estado actual é imperfecto.

CAPITULO VIII

SOLUCIONES DE LA ESCUELA LIBERAL RELATIVAS Á ESTOS PROBLEMAS

Antes de poner término á este libro, me parece conveniente interrogar así á la escuela liberal como á las socialistas, sobre lo que piensan acerca del mal y del bien, del hombre y de Dios: problemas temerosos con que tropieza forzosamente la razón al darse cuenta á sí propia de los grandes problemas religiosos, políticos y sociales.

Por lo que hace á la escuela liberal, diré de ella solamente que en su soberbia ignorancia desprecia la Teología, y no porque no sea teológica á su manera, sino porque, aunque lo es, no lo sabe. Esta escuela todavía no ha llegado á comprender, y probablemente no comprenderá jamás, el estrecho vínculo que une entre sí las cosas divinas y las humanas, el gran parentesco que tienen las cuestiones políticas con las sociales y con las religiosas, y la dependencia en que están todos los problemas relativos al gobierno de las naciones, de aquellos otros que se refieren á Dios, legislador supremo de todas las asociaciones humanas.

La escuela liberal es la única que entre sus doctores y maestros no tiene ningún teólogo; la absolutista los tuvo, los levantó muchas veces á gobernadores de los pueblos, y los pueblos crecieron, durante su gobernación, en importancia y

que yo conozco, y conozco á muchas, las únicas en quienes he reconocido un buen sentido imperturbable, y una sagacidad prodigiosa, y una maravillosa aptitud para dar una solución práctica y prudente á los más escabrosos problemas, y para encontrar siempre un escape ó una salida en los negocios más arduos, son aquellas que han vivido una vida contemplativa y retirada; y al revés, no he encontrado todavía, ni pienso encontrar jamás, uno de esos hombres que se llaman de negocios, despreciadores de todas las especulaciones espirituales, y sobre todo de las divinas, que sea capaz de entender negocio ninguno: á esta clase numerosísima pertenecen aquellos que toman por oficio engañar á los otros, siendo ellos los que se engañan á sí mismos. Y aquí es donde el hombre queda atónito ante los altos juicios de Dios; porque si Dios no hubiera condenado á los que le desdeñan ó le ignoran, engañadores de profesión, á ser perpetuamente torpes; ó si no hubiera puesto un límite en su propia virtud á los que son prodigiosamente sagaces, las sociedades humanas no hubieran podido resistir ni á la sagacidad de los unos ni á la malicia de los otros. La virtud de los hombres contemplativos y la torpeza de los hábiles son las únicas cosas que mantienen al mundo en su ser y en un equilibrio perfecto. Un solo ser hay en la creación que reúne en sí toda la sagacidad de los seres espirituales y contemplativos, y toda la malicia de los que ignoran ó desprecian á Dios, juntamente con todas las especulaciones espirituales. Ese ser es el demonio. El demonio tiene de los unos la sagacidad sin virtud, y de los otros la malicia sin su torpeza; y de aquí cabalmente le viene toda su fuerza destructora y todo su inmenso poderío.

Por lo que hace á la escuela liberal considerada en general, no es teológica sino en el grado en que lo son necesariamente todas las escuelas; sin hacer una exposición explícita de su fe, sin cuidarse de declarar su pensamiento acerca de Dios y del hombre, del mal y del bien, y del orden y del desorden en que están puestas todas las cosas criadas; y haciendo osten-

tación, por el contrario, de tener por cosa de menos valer estas altísimas especulaciones, puede afirmarse de ella, sin embargo, que cree en un dios abstracto é indolente, servido por los filósofos en la gobernación de las cosas humanas, y por ciertas leyes que instituyó en el principio de los tiempos, en la gobernación universal de las cosas. Aunque es Rey de la creación el dios de esta escuela, ignora perpetuamente con una augusta ignorancia la manera en que sus Reinos son gobernados y regidos; cuando diputó los ministros que los gobernarán en su nombre, depositó en ellos la plenitud de su soberanía y los declaró perpetuos é inviolables. Desde entonces acá los pueblos le deben culto, pero no obediencia.

Por lo que hace al mal, la escuela liberal le niega en las cosas físicas y le concede en las humanas. Para esta escuela, todas las cuestiones relativas al mal ó al bien se resuelven en una cuestión de gobierno, y toda cuestión de gobierno en una cuestión de legitimidad; de tal manera, que cuando el gobierno es legítimo, el mal es imposible; y por el contrario, cuando es ilegítimo el gobierno, el mal es inevitable. La cuestión del bien y del mal se reduce, pues, á averiguar: por una parte, cuáles son los gobiernos legítimos; y por otra, cuáles son los usurpadores.

Llama legítimos la escuela liberal á los gobiernos establecidos por Dios, é ilegítimos á los que no tienen origen en la delegación divina. Dios quiso que las cosas materiales estuvieran sujetas á ciertas leyes físicas que instituyó en el principio y de una vez para siempre, y que las sociedades se gobernarán por la razón, encarnada de una manera general en las clases acomodadas, y de una manera especial en los filósofos que las enseñan y dirigen: de donde se sigue, por consecuencia forzosa, que no hay más que dos gobiernos legítimos: el gobierno de la razón humana, encarnada de una manera general en las clases medias y de una manera especial en los filósofos, y el gobierno de la razón divina, encarnada perpetuamente en ciertas leyes á que están sujetas desde el principio las cosas materiales.

poderío. La Francia no olvidará nunca el gobierno del Cardenal de Richelieu, afamado y glorioso entre los más gloriosos y afamados de la Monarquía francesa. El lustre del gran Cardenal es tan limpio que afrenta al de muchos Reyes, y su resplandor tan soberano que no padeció eclipse por el advenimiento al trono de aquel Rey gloriosísimo y potentísimo á quien la Francia en su entusiasmo y la Europa en su asombro llamaron á un tiempo mismo *el Grande*. Cardenales y teólogos fueron Jiménez de Cisneros y Alberoni, los dos Ministros más grandes de la Monarquía española: el nombre de aquél está gloriosa y perpetuamente asociado al de la Reina más esclarecida y al de la mujer más insigne de nuestra España, famosa entre las gentes por sus insignes mujeres y sus esclarecidas Reinas: el segundo es grande en la Europa, por la grandeza de sus designios y por la agudeza y la sagacidad de su prodigioso ingenio. Nacido aquél en los dichosos días en que los altos hechos de esta nación la levantaron sobre la dignidad de la historia, encumbrándola hasta la altura y la grandiosidad de la epopeya, gobernó con mano firme el gran bajel del Estado; y poniendo en silencio á la tripulación turbulentísima que iba con él, le llevó por mares inquietos á otros más apacibles y tranquilos, en donde hallaron el bajel y el piloto quieta paz y sosegada bonanza ¹. Venido el segundo en aquellos tiempos miserables en que iba desdeñándose ya la majestad de la Monarquía española, estuvo á punto de volverla su antigua majestad y poderío, haciéndola pesar gravemente en la balanza política de los pueblos europeos ².

La ciencia de Dios da, al que la posee, sagacidad y fuerza,

¹ Leibniz dijo del Cardenal Cisneros que "si los grandes hombres se pudieran comprar, España no habría pagado cara la dicha de tener tal Ministro, aun cuando hubiera sacrificado uno de sus Reinos." Nació en Castilla en 1487, humilde Franciscano, catedrático de Salamanca, Arzobispo de Toledo en 1493, Cardenal, primer Ministro de la gran Reina Isabel la Católica, y después del Rey Fernando V, su esposo, murió el Cardenal Jiménez de Cisneros en 1517, después del advenimiento de Carlos V.

² Nacido en el Ducado de Parma, en 1664, el Cardenal Alberoni fué desde 1715 hasta 1719, primer Ministro de Felipe V. Después de su desgracia, se retiró á Roma, donde murió en 1752.

porque á un mismo tiempo aguza el ingenio y le dilata. Lo que para mí hay de más admirable en las vidas de los santos, y señaladamente en las de los Padres del Yermo, es una circunstancia que aún no ha sido apreciada debidamente. Yo no sé de ningún hombre acostumbrado á conversar con Dios y ejercitarse en las divinas especulaciones, que en igualdad de circunstancias no se aventaje á los demás, ó por lo entendido y vigoroso de su razón, ó por lo sano de su juicio, ó por lo penetrante y agudo de su ingenio; y sobre todo, no sé de ninguno que en circunstancias iguales no saque ventaja á los demás en aquel sentido práctico y prudente que se llama el buen sentido. Si el género humano no estuviera condenado irremisiblemente á ver las cosas del revés ¹, escogería por consejeros entre la generalidad de los hombres á los teólogos, entre los teólogos á los místicos, y entre los místicos á los que han vivido una vida más apartada de los negocios y del mundo. Entre las personas

¹ "Desde esto—dice con desenfado el Sr. Gaduel,—desde esto á la infalibilidad de la razón común, y á poner en el consentimiento de los pueblos el *criterio* único de toda certidumbre, no es gran cosa la distancia que media, y vayan Uds. á saber hasta qué extremo habría llevado Donoso esta suposición sobre el género humano, si la escuela lamenesiana, por temor á las censuras, no tuviese cerrados todos los caminos para invocar abiertamente como infalible la autoridad del humano linaje." (*Ami de la Religión*, número del 8 de Enero de 1853) No defenderemos la ilustre memoria del Marqués de Valdegamas contra semejantes injurias. Los que le hayan conocido, saben muy bien que por nada del mundo habría él sostenido una opinión condenada por la Santa Sede; que no era el *temor de las censuras*, sino la sinceridad de su fe lo que le inspiraba, y que ninguna consideración habría podido jamás determinarle á disfrazar su pensamiento con la superchería que el Sr. Gaduel no se avergüenza de atribuirle. Por otra parte, ninguna semejanza existe entre las ideas de Donoso y el sistema filosófico de La Mennais; y al afirmar lo contrario, su acerbo censor descubre bien que tan absurdos son sus juicios sobre las doctrinas, como sobre las intenciones del ilustre publicista español. Cuanto á la frase de éste, que sirve de pretexto á las odiosas acusaciones de su crítico, expresa una verdad que se encuentra á cada paso en el Evangelio. ¿No es cierto que para el mundo la doctrina y vida cristianas son *locura*, como lo dice San Pablo (I Cor., I, 18 y siguientes; y no es esto cabalmente *ver las cosas al revés*, dado que esta locura es la verdadera sabiduría? ¿No es verdad que la mayor parte de los hombres ven de este modo las cosas por consecuencia del pecado y de las pasiones que les turban la vista? ¿Qué otra cosa nos recuerdan incesantemente los predicadores en los pulpitos? ¿Los acusará también el Sr. Gaduel de lamenesianos hipócritas? Y nótese que el Sr. Donoso habla aquí de los juicios de los hombres sobre la vida mística y contemplativa, es decir, sobre uno de los puntos que más repugnan á la naturaleza corrompida, y que ella tiene más dificultad en comprender; porque el hombre animal, mientras persiste en su corrupción, está *condenado irremisiblemente á no ver sino al revés* las cosas del espíritu de Dios: *Animalis autem homo non percipi ea quae sunt spiritus Dei. Stultitia enim est illi, et non potest intelligere.* (I Cor., II, 14.)